

inquietud que nace de la necesidad de asentarse sobre sólidas bases y de la carencia de medios para ello. ¡Ay del día en que una voluntad poderosa tropezase con todas estas ruinas!

Manía de innovaciones.

Algunos persistían adheridos á lo antiguo, y en vez de reformarse, esperaban á que el mal llegara al exceso, confiando en poder conservar los rancios sistemas, y disponiéndolo todo según el estado presente ántes de dar un paso hácia el porvenir. Otros ambicionaban el título de filósofos como en un tiempo se había ambicionado el de católico ó cristianísimo, y acogieron las innovaciones con tal que fuesen hechas por ellos y en su beneficio. Estos querían ponerlo todo bajo la tutela del gobierno, cuando la nación ya no se creía pupila; pretendían que de aquel viniese el impulso al mundo, cuando se lo daba la sociedad; intentaban dispensar con medida las luces, cuando el libre exámen en política, en religión, en economía, en filosofía, estaba produciendo ya sus efectos. *Todo en provecho del pueblo, nada por medio del pueblo*, decía Federico II y repetían los demás; y si place al ánimo ver á estos príncipes y ministros dar incremento á la prosperidad de sus respectivos países, á sus fuerzas, á su lujo, también es triste por otra parte considerar cómo envejecieron el sentimiento moral, no obrando sino en nombre y provecho del absolutismo, y sustituyendo á los antiguos usos morales y civiles un aspecto matemático y material. Después, en las innovaciones, cuya mayor parte eran sugeridas por un principio meramente negativo, con el mal se extirpó asimismo el bien; en la demolición se fué mucho más allá de lo que se intentaba, llamándose preocupaciones y abusos las cosas más sagradas y legales, y los desórdenes volvieron á pulular bajo nuevas formas.

Sin embargo, las desconsideradas novedades no echaban raíces, y en todas partes los sucesos en el poder se apresuraban á destruir lo que habían hecho sus predecesores. Pombal concentró en su mano la actividad toda de Portugal y aniquiló al pueblo, y María deshizo su obra; José II murió desconsolado, considerando las infelices consecuencias de sus embrollos, y Leopoldo restableció el antiguo orden de cosas; Maurepas destruyó la reforma de Choiseul y Calonne la de Necker; y los pueblos, quebrantada la firmeza de sus convicciones, creyeron que nada había estable, y que ellos también podían preparar lo que les pareciese mejor, aun á costa de engañarse como los reyes.

En la necesidad de organizar la hacienda y asegurar la tranquilidad, se pensó que nada facilitaba más una grande administración como el reducirla á la regularidad de una máquina. De aquí la idea de que la prosperidad de un Estado se fundaba principalmente en las formas administrativas, lo cual hizo que todos se lanzaran á las reformas, no importando que fuesen ó no oportunas, con tal que fuesen nuevas. La formación de los códigos quedó abandonada á

legistas que no tenían de filósofos más que el título, y que al mismo tiempo carecían de doctrinas generales y del sentimiento de la oportunidad histórica. La potestad bárbara de la edad media había obligado á los papas á hacerse señores territoriales y á tener intereses diferentes de los eclesiásticos, de lo cual resultaron conflictos deplorables cuando los príncipes excitaron las desconfianzas nacionales contra la supremacía pontificia. Los reyes, mostrando los casos en que los papas habían abusado y haciendo proclamar por los filósofos que los clérigos eran tiranos de los pueblos, se dedicaron á abatir á estos, y Federico II, José II, Pombal, Aranda, Choiseul, pretendieron el título de liberales por ser adversarios del clero. Así el despotismo administrativo, valiéndose de la idea de las mejoras, abolía en toda Europa las libertades públicas y particulares, reducía las asambleas políticas á pura fórmula, suprimía la representación nacional y hacía desaparecer todos los límites impuestos en otro tiempo á las arbitrariedades.

Los reyes no teniendo otra norma sino lo que ellos escribían, enseñaron á los pueblos que puede introducirse un derecho enteramente opuesto al dominante, con tal que se escriba, y prepararon aquellos tiempos en que se improvisaron las constituciones, efímeras todas porque no estaban fundadas sino sobre un papel. Una vez proclamado que el gobierno puede hacer todo aquello que cree útil á la sociedad, todo hasta la injusticia, la lección no debía ser perdida para la Revolución. Para mayor escarnio de la opinión aquellos que practicaban el maquiavelismo tomaban por base para sus nuevos códigos las doctrinas de Montesquieu, y proclamaban justicia, tolerancia, filantropía. Suprimían también privilegios, mas era para concentrarlos en sus manos, y excitaban agitaciones que resultaban estériles por la falta de libertad. Los ejemplos inmorales, viniendo de la cumbre de la sociedad, debían después servir de apoyo para autorizar torpísimas violaciones: como los asesinatos de Rastadt y de Vincennes, el convenio de El-Arisch, vilipendiado por Inglaterra, la violenta política de Napoleón (I) y las represalias de sus vencedores. Y cuánto se había exagerado el poder real, lo demostraron precisamente los monarcas en la oposición que hicieron á la autoridad pontificia y en la expulsión de los Jesuitas. Para sostenerlos en esta senda, se manifestó en los respectivos países un ímpetu exagerado de realismo, y ellos que todavía no habían aprendido cuán necesario es desconfiar de los aduladores, se abandonaron á aquel viento favorable, declararon que no tocaba á los particulares juzgar ó interpretar las voluntades del soberano, y pretendieron que se creyesen justas « las razones que reservaban

(1) Tómese la historia de Bignon y se verá que aunque deliende constantemente la conducta de Francia, á cada paso se encuentra escrito en los títulos y márgenes de la obra *violation du droit des gens*.

en su augusto pecho. » Del mismo modo, es decir, con golpes de Estado, se abolieron en Francia los parlamentos y en Lombardía las asambleas provinciales; los poderes viejos tenían á ménos plegarse á la opinión, poder nuevo; un rey de Inglaterra decía: « Daria yo por » una guinea todas las odas de Pindaro; » y un rey de Saboya exclamaba: « Mas estimo á » un tamborilero que á todos los académicos. » Por tanto, las personas de ingenio, viendo desdeñadas, se volvieron contra aquellos que podrían haberlas convertido en sus humildes servidoras; el clero descontento cesó de inculcar la subordinación, y Abimelech destruía á Saul.

Mientras por estos diversos medios marchaban los príncipes hácia un poder abstracto, rígido y paralizador de todas las fuerzas sociales, y mientras concentraban en sí todos los esparcidos elementos del poder público, no advertían cómo estos se les iban de las manos. Controversias religiosas, revoluciones, guerras, la competencia ilimitada proclamada por los economistas, las discusiones de las cámaras, las persecuciones políticas y religiosas que ponían la gente en movimiento y mezclaban las ideas haciendo hallar para todo partidarios de las mismas convicciones, aumentaron en toda Europa el influjo de la opinión pública y le dieron de hecho aquella autoridad absoluta que los reyes se abrogaban de derecho.

Trajéronse á colación cuestiones de razón política por la investidura de los ducados de Toscana y Parma, por la hacanea que todos los años debía presentar Nápoles al papa, por la América, por el estatouderato: casos todos en que los gabinetes se mezclaban en los asuntos de los demás, como si fuesen negocios internacionales, y sin oír á los pueblos en cuyo provecho pretendían tomarse tal trabajo. Además en el caso de América, los reyes mismos por celos entre sí proclamaron un liberalismo desacostumbrado y el derecho de insurrección: así que los pueblos, en las convulsiones de la opresión y en la lucha de la resistencia, se conocieron á sí mismos y adquirieron aquella especie de audacia que no calcula los obstáculos.

Los elementos sociales, de esta manera separados, tendían á reunirse y fundirse y á aplicar en provecho público todos los descubrimientos de la humana inteligencia. De aquí el amor á la humanidad, que cambiando el sentimiento en idea, dejó de llamarse caridad para adoptar el nombre de filantropía; de aquí las reformas, hechas ó proyectadas, para mejorar los hospitales, las prisiones, los colegios de sordo-mudos, la situación de las clases laboriosas; de aquí por último la guerra á la tortura, á la Inquisición, á los servicios corporales, á la intolerancia religiosa. Pero en aquel culto epicureísmo no se consideraban, entre todos los elementos que constituyen al hombre, más que los sentidos, dejando á la razón y al alma el papel de instrumentos, no de objeto; y aquel tono halagüeño

de benevolencia y amor universal impedía advertir la incoherencia de los principios, la vacilación de las opiniones, la imposibilidad de reducir á práctica la teoría.

El clero había concebido rencor contra los reyes, que en todas partes menguaban su poder é invadían sus inmunidades; pero al mismo tiempo temía á los literatos que le hacían la guerra, y desconfiaba de los pueblos entre quienes iba desapareciendo la fe; por lo cual, encerrado en la inacción, se hallaba como aquel naufrago que no osara moverse por miedo de derribar la única tabla á que se encontrara asido. Nada opuso á los enciclopedistas que mereciese el dictado de poderosa réplica, y así la santa Iglesia, librada primero del demonio de la lujuria, después del de la simonía, luego del de las disputas, se veía entonces acosada por un demonio nuevo, el del miedo. En las órdenes monásticas, los privilegios necesarios para su existencia en tiempos en que el derecho común era muy débil, habían aglomerado inconvenientes sobre inconvenientes, no previstos en tiempo de su institución; reglas oportunas para tiempos de fe habían cesado de serlo ya; gozabase de seguridad sin necesidad de asilos eclesiásticos; el valor de los terrenos había crecido desmesuradamente, y su administración económica durante generaciones enteras había producido inmensas riquezas, al paso que iban disminuyéndose la vocación para el claustro, y la desigual repartición de las herencias que ántes era un motivo para ingresar en los monasterios. Así se decía que estos eran la presa de los hombres y la tumba de las mujeres.

Ahora bien, algunas órdenes se obstinaban en la inmovilidad cuando todo caminaba, y clero y monjes, relajados como sucede en tiempos tranquilos, miraban el culto con indiferencia, y los misterios con inteligente descuido. Prescindíase de los dogmas como materia oscura é incomprensible; declaráronse superfluos los actos exteriores que eran baluarte de la fe y correspondían á partes esenciales de la doctrina, y el campo de Jesucristo se convirtió en campo industrial como todos los demás. Entonces fué posible el sistema de José II; entonces se abolieron las órdenes religiosas. Con este acto despótico los reyes lastimaron la preciosa facultad que tienen todos los hombres de escoger el género de vida que crean más conducente á su bien y atacaron los derechos legítimos de la propiedad, pues que los frailes se habían enriquecido, ó con su propia industria ó con antiguos donativos que les habían sido legados para que hiciesen obras de caridad ó rezasen; en suma, con los medios por donde adquiere cualquier otro individuo. El pueblo los amaba por los actos de caridad que practicaban en su beneficio y por la instrucción que de ellos recibía, y así el modo con que se procedió no deja lugar para suponer en los gobiernos aquella rectitud de ánimo y aquella pureza habitual de intención que son más eficaces que todos los

Órdenes religiosos.

artificios. Si por un lado, como en el caso de los Jesuitas, se alegaban las culpas de los frailes para justificar la supresion de los conventos, por otro el sentido comun declaraba débil al gobierno, que no tenia valor ó fuerza para castigar los delitos de que en secreto los acusaba.

En realidad la abolicion de los conventos fué un sacrificio que los reyes hicieron á la intolerancia filosófica y á los celos del clero secular; pero con esto revelaron la peor de las debilidades, que es la de no saber proteger á los débiles. Destruido el vallado, la viña quedó abierta al viento de la ira de Dios, que debía castigar á los pastores infundiendo ferocidad en las ovejas que ellos habian apacentado tan mal.

Conmovióse entonces la educacion hasta en sus cimientos; se aclamó la superioridad de la materia sobre el espíritu, la de la estadística y de la física sobre la enseñanza de lo bello y de lo bueno, y se creyó que con estas ciencias se habia asegurado el bienestar del mundo, porque siendo el hombre solo cuerpo, tenia bastante con la satisfaccion de sus necesidades materiales. En el alma habian pensado demasiado en otro tiempo los profesores eclesiásticos, y ya se la posponia á lo que se llamaba la realidad: Inglaterra era toda partidaria de Locke y de Hume, esto es, empírica y escéptica; Francia se empequeñecía con Voltaire y Condillac, sumiéndose en la duda y en el sensualismo; el culto de Newton habia desbancado al cartesianismo, el formalismo de Wolf habia alterado y hecho mas árido á Leibnitz, el sensualismo de Cristiano Tomas lo habia destruido, y la Italia misma tenia en muy poco la posesion de un hombre como Gerdil, mientras Soave la conducia á la chochez de la filosofía de Locke. El mundo debe siempre adelantar, y sin embargo los filosofistas querian destruir el Cristianismo, esto es, hacer retroceder al mundo diez y ocho siglos, y lanzarlo en este impulso retrógrado hasta los tiempos de Epicuro, y si era posible, hasta los de Platon. Así como los publicistas del siglo precedente transigian entre lo ideal y lo real, los nuevos escritores, ó fundaban teorías de todo punto inaplicables, como Filangieri, Wattel, De Lolme, ó querian resucitar una antigüedad muerta, como Mably, si bien repudiando sus condiciones fundamentales, una de las cuales era la esclavitud, Tribunos, no legisladores, hacian prosélitos para demoler, no para edificar: Rousseau, presentando casos particulares, como tipo absoluto de civilizacion y ley general y necesaria del estado social, llevó el espíritu deletéreo hasta el seno de la familia, llegando hasta recomendar el aislamiento de los brutos, é hizo que las pasiones cortasen de un golpe aquellas dificultades para cuya solucion es mas necesaria la paciencia del raciocinio.

Economistas.

Mientras los filosofistas se dedicaban á revolver ideas abstractas, los economistas se precipitaban á promover ideas prácticas, ampliando la esfera de la administracion, creando una ciencia con arreglo á las necesidades, ya de la

sociedad, ya de los que la regian, pero contraria á las prácticas vigentes y á la legislación mercantil, civil y criminal. Estos escritores, cobrando cada vez mas osadía, se aventuraron á medir y sondear los fundamentos de las sociedades, y no contentos con buscar lo que mas convenia, establecieron sus opiniones como cánones irrecusables, y adoptaron un tono mas bien de exigencia que de consejo.

Cambiáronse, pues, de todo punto las ideas sobre las cuales se habia apoyado hasta entonces la sociedad: eleváronse á la categoría de dogmas la soberanía del pueblo, la igualdad de los hombres, el contrato en que se decian fundadas las leyes de la humana asociacion, y por consiguiente se declaró injusta la nobleza, supersticiosa toda religion, preocupacion el afecto á ideas antiguas; fueron objeto de admiracion las repúblicas; se vilipendió la caballerescas adhesion al rey, á las damas, á la patria; se dejó de tomar por modelo á la corte; se llamó filosofar al acto de repetir tres ó cuatro frases sonoras, de dudar de todo y de fallar, sin embargo, magistralmente sobre todo. En una palabra, surgieron ideas en abierta contradiccion con el orden establecido, con las formas acostumbradas, con las autoridades reconocidas, con todo el sistema político y religioso; y el vulgo literato queria apresurarse á aplicar los principios, sin haberse puesto de acuerdo acerca de ellos.

Antes los negocios públicos eran un misterio, y solo el hablar de ellos hacia caer de la gracia del rey á Fenelon y á Racine; pero ya las ciencias políticas se emancipaban, las prácticas gubernativas eran asimiladas á los demas ramos de los conocimientos humanos; la felicidad pública era el tema obligado de los discursos del mundo elegante, como si, no creyéndose ya en la vida futura, se hubieran querido aumentar los goces y disminuir los males de la actual. Hasta las córtes se hicieron filósofos por imitacion; Turgot y Malesherbes, discípulos de la Enciclopedia, fueron ministros; los príncipes secundaban las ideas de los pensadores; pero la sociedad iba mucho mas adelante que ellos, y traspasando la esfera política, pedia una completa refundicion social.

La ciencia, pues, y la opinion, hechas gigantes, se acercaron al trono y le impusieron innovaciones. Pero eran muy discordantes el movimiento nuevo y las ideas, las costumbres, las leyes y las opiniones antiguas. Los principales golpes iban dirigidos contra la nobleza, sus privilegios y su originaria aptitud para los empleos y dignidades. En la lucha entre lo moderno y lo antiguo, los nobles creyeron que debian reunirse para defender esto último: ¿pero bastaba defenderlo?

Extendianse entretanto mas y mas las sociedades secretas, y la de los iluminados, instituida por Weishaupt, ampliaba las doctrinas y las prácticas de los francmasones. Aquellas eran: la razon es el único código del hombre; sacerdotes y reyes son cosa inutil; el fin justifica

Sociedades secretas.

los medios; debe perderse de cualquier manera posible á todo el que pueda perjudicar á la secta; reducida esta á los extremos *patet exitus*. Decíase que estos sectarios tenian cifras para entenderse en todas partes, llaves de todas las puertas, que imitaban todos los sellos, que sabian escribir á dos manos, que conocian aguas para envenenar ó hacer abortar, y que principalmente trataban de adquirir la confianza y los destinos, para emplearse en servicio de su secta. Además de los antiguos Weishaupt y Knigge, pertenecian á ella los hombres mas avanzados: Semler, que profesando en Latbaya, introdujo el racionalismo en la teología y atacó los dogmas de Calvino y de Lutero; en Berlin el librero Nicolai, con Mendelshon, Biester, Gedike, publicaba con este intento la *Biblioteca germanica universal*; Brahrdt imaginó una secta llamada la Union germánica, que debía regular la opinion pública. Zimmermann, Hoffmann y cuantos se manifestaban adversarios suyos eran combatidos y denigrados. Celebraban reuniones literarias en que el mayor número no veía mas que literatura y ciencia: burlábanse de los escritores que no eran congregados y alababan á los adeptos, y en todas partes no veían mas que Jesuitas, hasta en los protestantes celosos.

La corte de Baviera sorprendió sus cartas y las hizo imprimir (1) y las comunicó á todos los gabinetes; pero no se atrevió á condenarlas formalmente, y los mas de los socios se refugiaron al lado de los príncipes que eran sus adeptos, principalmente del de Sajonia Gotha, de quien Weishaupt habia recibido una pension. Formábanse en todos lados sociedades parecidas, y para no repetir lo que hemos indicado en otro lugar, dirémos solo que en Roma habia una logia de iluminados de Suecia, de Aviñon y de Lyon, que formaba un tribunal: Rey, á quien destinó Luis XVI para ministro de policía, recogió en Nápoles muchos documentos relativos á los francmasones, por lo cual se llenaron de ellos las cárceles.

Los pueblos, ilustrados por tantas doctrinas y angustiados á causa de los gravámenes, cada vez mas onerosos, á que estaban sujetos, adelantaban mucho en el conocimiento de sus intereses. ¡Qué injusticia, decian, dejar libres de cargas á tantas personas y tantos bienes! ¿Por qué se han de conservar esas cédulas de privilegio en quienes se apoyaba el edificio antiguo? ¡Felices los países en que las instituciones impiden el aumento arbitrario de los impuestos, única economía política de los reyes! ¡Oh, qué fortuna poseer aquellas formas administrativas, que cualesquiera que ellas sean ó cualquiera que pueda ser la base en que se apoyen, facilitan la manifestacion de todas las necesidades verdaderas, de todas las fuerzas vivas, y aseguran al fin el equilibrio de todos los intereses!

(1) Escritos originales de la orden y secta de los iluminados, 1786.

En suma, invocábanse las libertades como elemento ó prenda de felicidad. Y como los gobiernos habian concentrado en sí todo el poder, y querian ser los únicos autores de todo acto público, á ellos se atribuía la culpa de todos los males, ellos solos se creía que detenia á la humanidad impidiéndola que se lanzase al camino de la perfeccion, y de aquí se deducia como consecuencia precisa la necesidad de suprimirlos ó reformarlos.

Ya no era solamente en los libros donde se proclamaba la soberanía del pueblo, sino que este principio habia tenido su sancion en la independencia americana. Habian estallado en algunos puntos turbulencias, y en otros revoluciones. Todos los movimientos, en Bélgica, en Holanda, en Lieja, en Aquisgran, en Ginebra, tenian tendencias democráticas. La humanidad parecia deseosa de un cambio radical necesario, que pusiese el poder político en manos de la nacion, y realizase lo que la filosofía de la época tenia de justa y verdadera (1).

Toda la historia de aquel siglo indica que se caminaba á la Revolucion, y la sacudida debía ser tanto mas violenta cuanto que las constituciones habian sido alteradas segun el capricho de los príncipes, cuanto que no habia pueblo, salvo en Inglaterra, cuanto que en todas partes se carecia de libertad y de orden, cuanto que la monarquía era mentira, mentira la jerarquía eclesiástica, mentira el feudalismo, y bajo las apariencias superficiales estaba el precipicio.

La Francia manifestaba decididamente lo que en los demas países era sentido mas bien como una vaga necesidad. No vivian ya literatos insignes al declinar el siglo, pero se iba haciendo universal la literatura; difundíanse los conocimientos rápidamente; leíase todo como leen los muchachos y se adoptaba sin discusion; popularizábase todo por medio de almanaques, comedias y novelas; los periódicos, en vez de llenar sus columnas con discusiones serias, se abandonaban al placer de comunicar las ideas á medida que iban surgiendo, de propagarlas rápidamente, de gozar mas pronto de sus efectos, de ponerse á conversar con millares de

(1) En 1766 Federico de Prusia escribía á Voltaire que « la filosofía hacia efecto en la Bohemia y en el Austria, antiguo nido de supersticion. » En efecto, los Bohemos urdieron una conjuracion que debía estallar en el solemnisimo dia de San Juan Nepomuceno y sublevar al pueblo para conquistar la libertad contra los señores, abolir los servicios corporales, asesinar á los amos, y distribuir entre sí sus campos. María Teresa supo apoderarse de los jefes y deshacer la trama con tal sigilo que casi nadie lo supo. Ella á su vez trató de llevar á cabo legalmente la obra de aquellos, aceptando un proyecto que se le sometió, en virtud del cual los propietarios de fundos demasiado extensos debian cederlos á los campesinos que pagarian un censo anual. Esta idea corrió entre los campesinos por obra principalmente de un sacerdote; pero los señores se opusieron fuertemente á este atentado contra sus propiedades, y aquellos empezaron á levantarse y los señores á castigarlos. María Teresa protegió á los oprimidos, los cuales persuadidos de que la corte estaba de su parte, en 1773 se insurreccionaron en toda la Bohemia y cometieron los horrores ordinarios en un pueblo que se subleva contra una larga opresion. María Teresa envió entonces veinte mil hombres que los volvieron al yugo.

Literatura.

personas aunque residiesen en lejanas tierras. Preguntado un viajero qué había visto de nuevo en París, contestó: *Nada, sino que lo que se decía antes en los salones, ahora se repite por las calles.* Por todas partes traspiraba un gárrulo amor á la humanidad, mas bien efecto de vanidad que de egoísmo; la sociedad decrépita parecía querer rejuvenecerse con una irrupción súbita de obras bucólicas, y Robespierre, Marat, Saint-Just, Couthon, Barrère, futuros canibales, comenzaron á figurar ante el público, expresándose en melosos acentos, propios de los pastores de Arcadia. Pero esto mismo no venía á ser sino otro medio de manifestar la desaprobación absoluta que inspiraba todo lo histórico y antiguo; por moda se escribía en tono elegíaco, y se vilipendiaba la sociedad en estilo de Tácito y de Juvenal; sin embargo, los ánimos estaban llenos de confianza en sí mismos y en el porvenir. En efecto, se presentaba á todo el que tenía ojos para ver un porvenir de inevitables trastornos.

Luis XV, con profundo egoísmo, había dicho ya: «Después de mí el diluvio: bien les queda que hacer á mis sucesores.» Rousseau en 1760 escribía: «Creo imposible que puedan continuar por mucho tiempo las grandes marchas europeas. Nos acercamos á la crisis, al siglo de la Revolución. Fundo esta opinión en razones particulares; pero no siempre conviene decirlo todo, cuanto mas que demasiado se está viendo.» Y Voltaire en una carta escrita en 2 de abril de 1762 á M. Chauvelin, decía: «Todo lo que veo arroja los gérmenes de una Revolución que llegará infaliblemente, y de la cual no tendré el placer de ser testigo. Las luces se han difundido de tal modo que á la primera ocasión habrá un estallido, y entonces será de ver el embrollo. ¡Felices los jóvenes! ¡Cuánto tienen que presenciar!»

Para dirigir una máquina tan próxima á reventar había quedado Luis, hombre de bien, que sobrado de virtud y escaso de talento, no sabía por dónde andaba. Obligado á cambiar á cada paso de ministros, es decir, de sistema, si los malos le perjudicaban, no le favorecían los buenos. Así, desconfiando de sí propio se entregó en manos de personas de capacidad menor que la suya y de mucha menor probidad, y la monarquía, que se sostuvo con el delito y la afeminación, no pudo sostenerse con la debilidad. Un tirano ó un grande hombre tal vez habría salvado á Francia, ó atropellando los derechos del pueblo degradado, ó haciéndose árbitro y moderador de las reformas necesarias; pero Luis oscilando al impulso de ministros, cortesanos, mujer, tradiciones, filosofía, caminaba á tiéntas, y no inspira interés sino cuando cesa de obrar y comienza á padecer. Una corte imprudente, sucesora de la corte profundamente corrompida de Luis XV, no sabiendo ponerlo á la cabeza del movimiento, pretendió que lo detuviese, y como no tenía vigor para ello, se manifestaba en el gobierno aquella mezcla de

injusticias y debilidades que irrita sin disminuir de la resistencia, antes bien haciéndola popular y dando esperanzas de triunfo. Al ver las tentativas que se habían hecho, la nación se habituó á creer posibles y fáciles las mejoras, y los hombres de Estado se persuadieron de que, para organizar un país, no bastaban las buenas intenciones, sino que eran también necesarias ciertas garantías.

La guerra de América propagó en Francia ideas de libertad y de insurrección, y en el ejército introdujo los sentimientos de la nación, de modo que á las virtudes militares se unieron las virtudes cívicas. La hacienda había experimentado su último naufragio: llamado á restablecerla un ministro que sabía conquistar la popularidad, no se atrevió á descubrir las llagas que requerían instantáneo remedio; no osó pedir al rey á lo ménos las reformas suficientes, y combinando los hábitos de su profesión con la disposición predominante de su carácter, fundó la hacienda sobre el crédito, y el crédito sobre la confianza en el ministro. Quizá esperaba algún respiro durante el cual pudiese excogitar otra cosa mejor, pero no le tuvo; y así como un enfermo impaciente por lo largo de su curación se abandona al charlatan, del mismo modo la corte se abandonó á los consejos de Calonne. Este, pródigo por naturaleza, por sistema, por complacencia, se asemejó á aquellos comerciantes que dan espléndidas fiestas la víspera de quebrar, y parecía haberse propuesto embriagar á la nación con una prosperidad ficticia, á fin de dominar los ánimos cuando llegase el tiempo de las operaciones atrevidas, con las cuales pensaba restaurar la hacienda. Por tanto lanzó al rey en medio de una Revolución que cambió la faz de la administración del reino, induciéndolo á convocar la *Asamblea de notables*, que así se llamaba la reunión de las personas mas distinguidas entre las diversas clases, á cuya asamblea debían notificarse las providencias que se pensaba adoptar para el bien público. Difería esta de los Estados Generales, en que sus individuos eran nombrados por el rey, y si bien representaban los tres brazos, no tenían mas derecho que el de aconsejar; por otra parte los poquísimos representantes del tercer brazo eran todos nobles y no podía creerse que estuviesen dispuestos á cercenar los privilegios de los clases elevadas. Ya los había convocado Enrique IV y luego Richelieu, pero ni los tiempos de que tratamos eran como los del primero, ni Calonne valía lo que el segundo.

Abierta la asamblea en Versalles (22 de febrero de 1787), el ministro pronunció á nombre del trono estas palabras: «Hasta aquí se ha dicho: *Si lo quiere el rey, lo quiere la ley*; de aquí en adelante se dirá: *Si lo quiere el bien del pueblo, lo quiere el rey.*» Aquella asamblea habría podido evitar muchos males secundando las reformas que Luis aceptaba, é impidiendo nuevos trastornos en la hacienda; pero en vez

de evitarlos los produjo, poniendo en claro que las clases privilegiadas odiaban la igualdad. Examinada la situación del Tesoro, apareció un débito desmesurado, y además se puso de manifiesto la falsedad de la cuenta presentada, sacándose en consecuencia que Necker ó Calonne habían engañado al rey. Entonces Calonne tuvo que restringir muchos de sus proyectos, y no propuso mas medidas que la imposición del papel sellado y una *subvención territorial*, contribución directa que reemplazó á otras y que debía pagarse en especie sin privilegio ni exención. Contra estas medidas surgió una oposición descabellada promovida por un poderoso.

Los
Orleans.

Frente á frente de la corona real se engrandecía la corona ducal de Orleans, rama de aquella: y al palacio de Versalles hacia ya sombra el Palacio Real, á cuyo alrededor se agrupaba la clase média como en torno de un solio popular. Esta clase fué la sublevada por el regente, y esta misma favoreció entonces á Luis Felipe, su biznieto (1), el cual había tomado de Inglaterra algunos pensamientos políticos entre muchos vicios profesados con una bajeza que no le impidió sin embargo elevar sus deseos hasta la reina. Disgustado de la corte, y mas particularmente de María Antonieta, se lanzó como su bisabuelo á las especulaciones, y trasformó en bazar el jardín de su palacio, construyendo las galerías y alquilándolo para toda clase de desórdenes. Vengábase de las burlas de los Parisienses calumniando todos los actos de la reina, haciéndola odiosa y poniendo en ridículo al rey. Su objeto al hacer la oposición al gobierno era buscar nuevos placeres, digo placeres, porque gustaba de la política como un pasatiempo, si bien no la habría arrosado como un peligro. Así se atraía aquella especie de popularidad que debía llevarlo al patíbulo y ensalzar á su hijo al trono.

De Inglaterra, de cuyas costumbres se había hecho obediente imitador, recibía su malevolencia excitaciones encaminadas á turbar la Francia, y en aquel tropel de mutaciones y cambios todavía vagos, acaso entreveía una diadema. Hizose elegir gran maestro de los francmasones para tener otro medio de influencia. Sosteníalo La Fayette, que había vuelto de América con fama de héroe liberal, aunque conservando la aristocracia de sus modales y presencia, el cual, americano en Versalles, proclamaba á pesar de ser marques los derechos del hombre, y entre los cálculos y la corrupción conservaba aquel candor que no se posee mas que una vez en la vida. Los secuaces de Orleans ostentaban de viva voz y por escrito un patriotismo ferviente y desaprobaban á cada paso los actos del rey. El pueblo, que amaba en el duque al representante de la libertad y de

(1) Hijo del regente fué Luis (1703-1752), hombre muy piadoso que vivió retirado; de él nació Luis Felipe (1725-1783); y de este Luis Felipe José (1743-1793), padre del rey de los Franceses, elevado al trono en 1830 y expulsado en 1848.

las ideas nuevas, tomó parte en las discusiones de la Asamblea de notables, silbando á los individuos adictos al gabinete y aplaudiendo á los de la oposición, por lo cual el rey, obligado á decidirse entre la asamblea y el ministerio, destituyó á este, y las sesiones continuaron sin importancia y terminaron sin resultado. No obstante, el pueblo se había ilustrado con aquellas discusiones y ellas le hicieron desear con mas fuerza una verdadera representación nacional.

El arzobispo de Tolosa, aunque malquisto del rey por su fama de ateo, fué elevado por influjo de la reina á la presidencia del consejo de hacienda, y en vez de presentar al registro del parlamento las decisiones de los notables todas á la vez, las envió una despues de otra. Entonces el parlamento esforzó sus pretensiones, se declaró incompetente para registrar nuevos impuestos, diciendo que se debía estar á lo que acordasen los Estados Generales, y cuando se recurrió al solio de la justicia (1), declaró nulo cuanto en él se había mandado, abriendo así la puerta á la Revolución. Luis trasladó el parlamento á Tróyes por vía de destierro; el parlamento instigado por Orleans, y sostenido por la opinión pública y por muchos abogados jóvenes, vivos y turbulentos á causa de su edad y sus estudios, acusó al rey de despotismo, sujetó á exámen minucioso los derechos reales, sembró entre el pueblo ideas de resistencia, y el pueblo lo aplaudió como escudo contra las arbitrariedades y tuvo por liberal á una corporación que se oponía á toda reforma. Al fin despues de dos meses se descendió á una capitulación vergonzosa por ambas partes, desistiendo el rey de pedir mas impuestos, y prolongando el parlamento la duración del medio diezmo.

El arzobispo de Tolosa hubiera podido llamar por otro lado la atención y excitar el entusiasmo favoreciendo á los Holandeses en la guerra que sostenían, lo cual sobre ser conforme con las ideas que había manifestado como jefe de la oposición y con las del pueblo y personas instruidas, podía restituir á Francia la perdida influencia política. Hubieranle ayudado España, Austria y Rusia, entre las cuales se habló entonces de una alianza que hubiera sido muy oportuna para dar fuerza á Francia. Pero el arzobispo no se atrevió, y el mal éxito de los negocios de Holanda destruyó la consideración que el gabinete de Versalles se había granjeado al principio del reinado de Luis XVI con sus triunfos militares y diplomáticos, y el envanecimiento que la derrota de la influencia francesa había producido entre sus enemigos, hirió el orgullo nacional. Habíase triunfado ciertamente de Inglaterra en la guerra americana; ¿pero acaso podía atribuirse el mérito de este triunfo á un gabinete impulsado á pesar suyo á obtener la gloria de libertador?

(1) Luis lo abrió con estas palabras: «Señores, no toca á mi parlamento dudar de mi poder ni del que le he confiado.»